

Autobiografía del general Franco

**Manuel Vázquez
Montalbán**

**Autobiografía
del general
Franco**

Navoia

Primera edición

Mayo de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Digital Books

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-21-0

Depósito Legal B 3873-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

© Herederos de Manuel Vázquez Montalbán, 1987, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad intelectual, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con este libro, apoya a los autores y ayuda a Navona a seguir publicando.

Índice

Introito	9
Infancia y confesiones	31
La llamada de África	133
Las afinidades nunca son electivas	219
La Cruzada de liberación	343
Lo que piensa el Caudillo, Franco no lo sabe	457
Rey sin corona	613
¿Con quién están?	759
Epílogo	855

Pero acabamos de ver que el ruido se traduce también en una cierta forma, un cierto espectro, en el que son más frecuentes algunos componentes que otros. Está ligado al grado de desorden relativo del universo (entropía) en relación al grado de orden impuesto por la señal (entropía negativa), como han demostrado los trabajos de Szilard y de Brillouin. Einstein ha demostrado que la energía global suministrada por el ruido era más grande que la del canal y le proporcionaba más ocasiones de manifestarse, puesto que su *banda pasante*, es decir el conjunto de formas aleatorias que podía transmitir, era más amplia. Además, él ha demostrado que si ese ruido estaba fuera de las señales accidentales o intencionales, es decir superposición accidental de dos mensajes destinados a dos correspondientes diferentes entre sí, si, por ejemplo, este ruido estaba ligado a la agitación espontánea de átomos o electrones que constituyen el soporte material del canal de comunicación, era normal que el ruido aumente con la temperatura, cuanto más elevada sea la temperatura de los circuitos, más ruido harán. Ésta es una de las razones por las que los circuitos electrónicos más sensibles que realiza la tecnología (futuras memorias de ordenadores, canales emisores de televisión ultrasensibles) son artificialmente puestos a temperaturas extremadamente bajas, lo más próximas posible a ese límite imaginado por físicos bajo el nombre de *cero absoluto*.

De la voz «Ruido» en *La Communication. Les Images, les sons, les signes, les théories et techniques.*
De N. Wiener et C. Shannon à M. McLuhan.

Introito

Nada más decirlo ya estaba arrepentido de haberlo dicho. Ernesto se ha limitado a contestarme con un ¡ah sí! tan convencionalmente desganado que era flagrantemente desganado. Tu padre y yo nos entendíamos sólo con la mirada. He creído que podía conmoverle, como me conmueve a mí, si me esfuerzo, recordar a su padre, Julio Amescua, en sus momentos más propicios, hijo y nieto de editores y ahora padre de editor, en paz descansa Julio, sus partículas de ceniza para siempre mezcladas con el mar de todos sus veranos. De todos los veranos no. Durante la guerra civil no había veraneado en Jávea, Xàbia como se escribe ahora, porque sus padres se lo llevaron casi neonato a Burgos, donde el cabeza de familia aportó su experiencia de editor a las publicaciones del bando franquista. Luego, el joven Julio me había hecho confidencias más de una vez sobre los rubores que pasó en su adolescencia cuando tuvo que asumir el colaboracionismo con el franquismo de parte de su familia, aunque contaba en su haber con un hermano de su madre fusilado por los nacionales después de un sumarísimo de pantomima. Nos encontramos en la universidad a comienzos de los cincuenta. Julio trataba de organizar las primeras células estudiantiles del PCE y en algún momento debí hacerle la confidencia de que mi padre había sido preso político, amigo personal de Bullejos y Azevedo, especialmente de Azevedo, del que se hablaba en casa con la temerosa devoción con la que los vencidos en la guerra civil recuperaban su memoria a oscuras y entre visillos. Mi talante atemorizado, ocultista, nada tenía que ver con la audacia conspiratoria de Julio y aunque más de una vez pensé

que conspiraba como un señorito dotado de una cierta conciencia de impunidad, lo cierto es que era el primero a la hora de pegar carteles, tirar octavillas o poner petardos en la universidad los días en que se conmemoraba alguna efeméride del régimen milenario, es decir, casi todos los días.

Por mis orígenes y por la situación de mi familia después de la guerra, que yo llegara a la universidad había sido un milagro y así yo era estadísticamente una de aquellas décimas de uno por mil de universitarios de origen proletario. Empecé el bachillerato tarde, cuando mi padre estabilizó algo su trabajo después de salir de la cárcel y tuve que hacerlo por lo libre en una academia de la calle Goya en la que acabé ganándome algo la vida dando clases a los retrasados, de noche, mientras los domingos cobraba recibos del seguro del entierro de la compañía El Ocaso, como ayudante de la cartera que llevaba mi padre. Hice el examen de estado con los veinte años cumplidos y cuando conseguí llegar a la universidad me matriculé por lo libre en los dos cursos comunes de filosofía y letras, aunque asistí a muchas clases como oyente porque mi jornada de trabajo en la academia empezaba a las siete de la tarde y el cobro de recibos de seguro de entierro lo seguía realizando los domingos en Vallecas, el barrio que la compañía había atribuido a diferentes cobradores entre los que estaba mi padre. Me daba vergüenza comentar tales oficios ante mis compañeros universitarios, la mayor parte chicas y monjas, sobre todo monjas teresianas y algunos curas que necesitaban el título para poder dirigir colegios religiosos «reconocidos», con derecho a examinar por su cuenta a los alumnos. Tal vez por esa mayoría de chicas casaderas, monjas y curas, personalidades como la de Julio Amescua destacaban como una luz deslumbrante. Estoy hablando de una universidad anterior a la ya muy politizada que viví en el último curso (1956-1957), una universidad que salía de los años cuarenta,

donde todavía imponían su ley los matones del SEU y peligraba la integridad física incluso de los monárquicos. En cuatro años advertí un cambio de talante inmenso en el comportamiento de las nuevas promociones, menos acobardadas, más decididas, en todo, en los juegos de la política y del amor. Pero cuando Julio me propuso formar parte de la primera célula universitaria del PCE un poco más y me desmayo, con el pecho lleno del hormigón del espanto y la cabeza de los recuerdos de la guerra, pero sobre todo de la posguerra, en torno a la condición vencida de mi padre. Era precisamente él quien me había inculcado el miedo como instrumento de supervivencia, desde su vida cotidiana de topo aunque no lo fuera en el sentido estricto de la palabra, sin otro latiguillo en torno de lo que había sido su historia y nuestra historia que el «... no te metas en política, hijo mío, fíjate en mi caso». Precisamente por fijarme en su caso sentía la política como un desquite al que tenía derecho, aunque yo creo que casi todos los que nos hicimos antifranquistas, independientemente del bando de nuestras familias durante la guerra y la posguerra, tomamos la decisión ante la fealdad moral y estética del régimen, su mediocre y a la vez brutal ridiculez de fascismo enano, su liturgia babeante y diríase etílica, como programada por suboficiales cuarteros convertidos en escenificadores de aquella fantochada. La mentira de aquel régimen era visual, ante todo visual y en el futuro será imprescindible que los historiadores adjunten a su escritura analítica la imagen de aquellos comediantes sangrientos. Y si le dije que sí a Julio fue por no quedar mal, por no desmerecerle y si saqué de tripas corazón fue por lo mismo, para no quedar por detrás de sus zancadas de conspirador a lo Pimpinela Escarlata. Luego, cuando empecé a conocer a otros comunistas universitarios más jóvenes y no tan heridos por la posguerra como Pradera, Múgica, Muguerza o el tan conocido hoy día Sánchez Dragó, me impresionaba lo espontáneo

de su seguridad, precisamente por lo que me había costado a mí sentirla mínimamente. Además eran unos ligones, sobre todo Sánchez Dragó, que consiguió los favores de una muchacha preciosa, rubia, si no recuerdo mal, con los ojos diamantíferos y que se llamaba Luz, como no podría ser de otra manera. Nunca formé parte de aquella élite por las dificultades profesionales que han jalonado mi vida y por un problema vamos a llamarle lingüístico, es decir, yo llegué a la universidad sin un código adecuado para conectar con aquella gente, mayoritariamente procedente de la escasa burguesía ilustrada del país o en cualquier caso no procedían de mi mundo lleno de cascotes de toda clase de destrucciones. En cierto sentido yo me sentía un intruso y quería salir cuanto antes de aquellas aulas para convertirme en un profesional, no en un intelectual. Pero era inevitable que algo me quedara de aquella condición y así durante años contribuí a la urdimbre de la resistencia intelectual del país, en torno de los comisarios culturales del partido, se llamaran Muñoz Suay, Federico Sánchez, José Antonio Bardem o López Salinas. Incluso después de acabada la carrera, de haber intentado hacer oposiciones a catedrático de instituto, de hacer de «negro» en casi todas las editoriales, escasas por otra parte, del Madrid en tránsito de la década de los cincuenta a los sesenta, intenté vincularme a algunos grupos intelectuales que trataban de editar revistas y expresar su pensamiento. Concretamente figuré en el consejo de redacción informal de *Cuadernos de Arte y Pensamiento*, donde conocí a gente deslumbrante como César Santos Fontenla o un tal Maestro que se lo sabía todo sobre el tránsito de la cantidad a la cualidad y utilizaba frecuentemente a Sartre como punto de referencia, extremo considerado no muy ortodoxo en aquellos años en que tras las posiciones de Sartre ante lo ocurrido en Budapest y Poznan no se sabía muy bien si era un pequeño burgués existencialista o un nexo imprescindible

entre el idealismo burgués más avanzado y el pensamiento materialista dialéctico. Maestro recitaba *Perspectives de l'homme* de Garaudy de memoria y sabía mucho sobre nexos entre las culturas presentes en el siglo XX, en cuanto a Santos Fontenla tenía tal seguridad cinematográfica que en plena Gran Vía, ante un cartel de María Schell, protagonista de *Los hermanos Karamazov*, se cargó el estilo de interpretación de la austríaca, de la que yo era un auténtico fan. «Los personajes no le crecen, porque se le enquistan dentro». Jamás me había imaginado aquella dulce mujer llena de personajes enquistados. Pero no adelantemos acontecimientos. Cuando empezaba el último curso de carrera se produjeron los incidentes estudiantiles de 1956 y nos detuvieron a algunos cuadros del PCE universitario, mezclados con opositores jóvenes de otras formaciones menos perseguidas por el régimen, y algunas incipientes figuras de nuestra recuperada cultura crítica, como Bardem o Tamames, aunque Ramón y yo tenemos casi la misma edad, él era entonces un chico muy prometedor, en cambio mis glorias eran secretas y Julio uno de los pocos en saber y querer degustarlas. Le maravillaba mi capacidad de síntesis: ¡Tienes una capacidad de síntesis prodigiosa! Y muy especialmente la que hacía entre Freud y el marxismo, sin otro secreto por mi parte que haber tenido acceso a unos textos de Trotski sobre esta cuestión que encontré en un cajón emparedado por mi padre en la cocina, como si hubiera preferido enterrar en vida sus señas de identidad, en un acto para mí aún más cobarde que destruirlas con las propias manos y para siempre. Pero yo no podía decirle a Julio que mi fuente era Trotski porque él entonces era muy dogmático, le conocía y sabía que habría arrugado el ceño y habría emitido un displicente «¡ah, Trotski...!» que hubiera dejado su buena predisposición hacia mí bajo mínimos. En la caída de 1956, luego padecí otras, Julio también fue detenido y he de hacer constar la gallardía con la

que se paseó por la Dirección General de Seguridad, en contraste con la postración general de los detenidos que no teníamos un prestigio profesional o avales sociales indirectos. Julio mantuvo su actitud provocativa a pesar de las dos bofetadas que recibió, la primera se la dio uno de los jefes de la Brigada Político-Social y la segunda su propio padre, cuando le permitieron ver al hijo disidente en el despacho del jefe supremo de aquella checa blanca y azul. A mí me pegaron dos o tres veces con un vergajo, me dieron varios puñetazos en el estómago y me tuvieron en cuclillas horas y horas, sin permitirme apoyar el culo en la pared cercana. La policía me enseñaba informes sobre antecedentes familiares y yo tenía la sensación de que había perdido la guerra tanto como mi padre y que la tenía perdida para siempre, que estaba perdida para siempre. Ya en Carabanchel, Julio nos levantó a todos la moral y el apetito, porque compartía buena parte del lote que recibía de su casa, especialmente una clase de chorizo que a mí me gustaba mucho y a él le repetía. Yo era el primero en recibir la mejor ración de chorizo y de esta manera Julio demostraba a los demás que yo ocupaba un lugar preferente en su consideración. Lástima que su familia consiguiera sacarle valiéndose de algunas influencias, de la facilidad que tenía su padre de tutear a casi todos los ministros y muy especialmente a los de Educación, se llamaran como se llamaran. Se había tuteado con Sainz Rodríguez e Ibáñez Martín, luego con Ruiz-Giménez y en cuanto nombraron a Rubio, recordó rápidamente que podía tutearle, Julio recuperó la libertad y yo me quedé sin chorizo. Es cierto que Julio, desde la calle, de vez en cuando nos fue enviando paquetes, cada vez más distanciados, eso sí, pero su familia, imbuida de que la desviación ideológica de su hijo era fruto de malas amistades, puso tierra por medio y su padre le mandó al MIT para que hiciera estudios empresariales en la famosa escuela de Massachusetts. Ya no le volví a ver hasta comienzos

de los sesenta y él estaba al otro lado de la mesa de subdirección de Amescua, S. A. Editores. Me había abrazado, habíamos recordado el pasado de tú a tú, a este lado de la mesa, pero cuando ya se metió en materia, aprobar o no aprobar mi proyecto de colección sobre heterodoxos españoles, se puso en su sitio y, aun dentro de su amabilidad exquisita, me puso en mi sitio y discutió como un empresario la racionalidad del proyecto. Era prematuro. Las cargas contra la cultura oficial del régimen debían ser cargas de profundidad, pero no podíamos empezar la casa por el tejado. El control del patrimonio, su filtraje, era fundamental para la verdad establecida, tan fundamental como «haberos quitado a los rojos la memoria [sic]» e impedir la formación de una nueva cultura crítica mediante la represión directa. Ya que no podemos ser tan fuertes como ellos, añadió Julio, hemos de ser más inteligentes. En pocas palabras me había dicho que ya no era rojo y que él era un posibilista, aunque en algo me alivió porque me encargó una biografía reducida del Cid, que podía escribir con gran libertad, sin que diera el parte de Radio España Independiente, me advirtió, entre divertido y tajante. Para mí aquel encargo fue una bendición. No es que me pagara lo que yo necesitaba, porque Julio discutiendo precios era inasequible al desaliento, pero sí saqué el vientre de penas y nunca mejor dicho, porque Lucy y yo hacíamos sobrevivir nuestro ya no tan reciente matrimonio de jóvenes licenciados rojos parados y pobres, comiendo un día en casa de sus padres, el otro en la de los míos y de vez en cuando menús de diez, doce pesetas por figones de los alrededores de Ópera o en la zona estrictamente estudiantil de Argüelles. A partir de este encargo, mi colaboración con Julio Amescua no cesó. Cuando heredó la propiedad y la dirección de la editorial creí que compensaría mi larga dedicación a libros de divulgación con la publicación de mi novela inédita *Nunca volverás a casa*, pero fue oponiendo obstáculos, que si la

censura, que si la política editorial, hasta que ya a comienzos de la década de 1970 me dijo: «Estás obligado a escribir otra novela. No publicando ésta te he hecho un favor. No está a la altura de tu talento». Eran años difíciles para mí, esperanzas políticas en la calle y una crisis terrible en casa, que terminó con mi separación, la marcha de Lucy y los niños, alegando no crueldad mental, sino insuficiencia de espíritu, causa que ningún juez le habría admitido, pero que yo le admití porque no se puede convivir con alguien que te cree invisible.

Había conocido a Lucy en la facultad. Yo estaba acabando y ella empezaba, pero pisaba fuerte como delegada del SEU de su curso, hija de ex combatiente de la Cruzada desengañado del régimen, falangista de los llamados auténticos y que había traspasado a su hija su propia contradicción. La muchacha estaba afiliada a la Sección Femenina de la Falange, de la fracción más contestataria, por eso era posible hablar con ella, es más, me encargó el mismísimo Julio que «la trabajara», eufemismo que en aquellos años y circunstancias no tenía otro sentido que el de prospección política, porque las muchachas de comienzos de los cincuenta, por muy avanzadas que fueran, y Lucy sexualmente no lo era, no se iban a la cama con nadie sin previo pase por la vicaría. Observé un cambio de actitud a fines de la década de los cincuenta, ya abocados hacia la de los sesenta. Entonces se iban a la cama si la pareja les inspiraba confianza hacia el futuro, es decir, si su olfato femenino les indicaba que las concesiones prematrimoniales no serían un anticipo a fondo perdido. Trabajé a Lucy con tanta eficacia que me desbordó por la izquierda, siempre, y todavía ahora se niega a militar en ninguna formación política de izquierda porque todas le parecen reformistas. Temí incluso que se hubiera vinculado a ETA, porque en los años setenta no se perdía ni un funeral clandestino por los caídos de ETA, hasta el punto que yo

la llamaba «la viuda de ETA» y me planteé si sería capaz de prestar el piso donde vivía con nuestros hijos, después de la separación, como base de acción de algún Comando Madrid. Pero un día me tranquilizó cuando empezó a hablar pestes de ETA y a decir que no les llegaban ni a la suela del zapato a los terroristas palestinos, que éstos sí se jugaban la vida y la historia por algo más que la nacionalización del chuletón. Algo le había pasado en sus vivencias etarras para aquella explosión de mal humor, pero desde hace años nuestras relaciones ya son lo suficientemente conflictivas a causa de nuestros dos hijos como para brindarle en bandeja motivos de conflicto políticos. Desde 1962 me tiene catalogado como revisionista, cuando en una de las comunicaciones que tuvimos por jueces en la cárcel de Carabanchel, le dije que no estaba clara la trinidad metafísica entre Estado de clase, Partido único y Proletariado tal como se había plasmado en el comunismo soviético. Yo estaba leyendo por entonces a Gramsci en italiano y Lucy me espetó algo parecido a lo que me oponía Julio cuando yo le mencionaba a Trotski: «¡Ah!, Gramsci». No. No le gustaba, como no le gustaba el reformismo carrillista, ni el verbalismo maoísta, ni el anticomunismo de fondo de todos los movimientos hipercomunistas que se pusieron de moda a partir de 1968. En el fondo era yo quien no le gustaba y me utilizaba como *sparring* sexual, político, moral y mi tendencia a la racionalidad la encrespaba, como si racionalidad equivaliera a castración y a insatisfacción sexual. Mis lecturas de psicoanálisis me llevaban a la consideración de que tal vez Lucy tenía dentro de sí una insatisfacción sexual, por mi culpa, evidentemente, pensé al comienzo, pero ¿por qué era tan evidente que yo era el único responsable de su insatisfacción sexual e histórica? Años después, desde que aprendió a conducir y tomó la píldora, me di cuenta de que la responsabilidad sobre su insatisfacción sexual debía compartirla con un número no

muy amplio, pero suficiente, de amantes y, una de dos, o la izquierda masculina madrileña estaba muy mal dotada para la sexualidad o el problema era de Lucy, impelida a enamorarse de atletas históricos en unos tiempos en que empezaba a agotarse la especie. Mi fracaso matrimonial me afectó tan intransferiblemente que jamás lo he comentado con nadie. Desde la infancia supe que el fracaso matrimonial es como una muerte parcial que te causa todo lo que te deja y todo lo que destruyes. Así lo creía mi gente y así lo había aprendido en el cine, en los seriales de radio y en los boleros.

Mi dedicación al partido era en cierto sentido compensatoria, aunque me hubiera costado dos caídas en la década de los sesenta en las que Julio estuvo presente, bien pagando mis colaboraciones rigurosamente a Lucy, bien enviándome algún lote alimentario en el que incluía el chorizo, sin que yo jamás le dijera que ahora me repetía. Sabía que de vez en cuando podía pedirle unas pesetas a Julio para cuestaciones clandestinas y tuve el honor de que me concediera su primera firma de protesta en septiembre de 1975 contra la ejecución de los etarras y los del FRAP que Franco convirtió en su última orgía sangrienta. Y luego Julio emergió como lo que era, un anti-franquista secreto, que había actuado como un exiliado interior a lo largo de su vida, pero dando las suficientes claves como para que la sociedad civil antifranquista lo tuviera por uno de los suyos. Esta actitud era la que más necesitaba la transición. No requería heroísmos excesivos, testimonios demasiado duros de la crueldad franquista. ¿Quién estaba interesado en contrastar su propia abstención? Julio Amescua era un héroe ligero, como pedían los tiempos y estuvo en todas las listas para ministeriales, las hiciera UCO, las hiciera el PSOE y ni siquiera nosotros los comunistas le hubiéramos hecho asco, de hecho yo le propuse ser senador por Madrid en la primera convocatoria electoral y él se emocionó, recordó mis síntesis de

Marx y Freud y tantas luchas, pero por la buena salud de la editorial que nos daba de comer a todos no podía comprometerse. Dado el clima de sinceridad de la conversación, me puse nostálgico y le dije que mi síntesis entre Freud y Marx se la debía a Trotski. Fue entonces cuando me di cuenta de las hondas raíces ideológicas que siempre había albergado Julio, porque hizo un mohín de refinado distanciamiento y dijo: «¡Ah, Trotski...!». Pero especialmente emocionado y comunicativo, aquel día me explicó por qué le tenía manía a Trotski: «Hay un momento clave en la historia del comunismo mundial, y es ese encuentro en Viena entre Trotski, Stalin y Bujarin. Stalin está realizando un trabajo sobre nacionalidades y sabe mediocrementemente el alemán, no olvidemos que era hijo de una sierva y un borracho, Stalin era un ex seminarista espabilado... en cambio Bujarin y Trotski hablan perfectamente el alemán. Los dos habían hecho estudios superiores, eran capaces de estar hablando horas y horas desde posiciones mentales de alta abstracción, mientras a Stalin le había costado muchísimo entrar en la dialéctica hegeliana, ¿me sigues?, bien. Trotski recuerda aquel encuentro desagradablemente, memoriza un dato menor, frívolo diría yo en el contexto del gigantismo de la época: recuerda que Stalin tenía los ojos “glaucos”, ¿qué te parece? De un camarada tan fundamental como Stalin sólo le queda el que tenía los ojos glaucos. Es la frivolidad del señorito burgués marxista frente al intelectual proletario. Por eso no me extraña que la concepción política en su totalidad de Trotski se resintiera de esa malformación de origen. Stalin pisaba tierra, pero Trotski podía permitirse el lujo de soñar revoluciones totales y universales desconociendo la capacidad de réplica del antagonista, ¿me sigues? Stalin acertó en el diagnóstico de la situación, tanto en los años veinte como en los treinta, pero sobre todo en los treinta. Sí, ya sé que a los intelectuales nos molesta su crueldad, su zafiedad, todo eso. Al fin y al cabo

¿qué somos, de dónde venimos, a dónde vamos? Pero ¿qué capitalismo podía ser competitivo del capitalismo real ya que no podía serlo un socialismo internacionalizado? Pues un capitalismo de estado, que fue lo que Stalin fraguó con mano de hierro, porque no había otra manera, mientras Trotski se iba a México a inspirar manifiestos surrealistas a Breton y declaraciones hiperliberales sobre el arte y la cultura, Marcial. Trotski era un gilipollas».

Asistía alelado a la revelación de las esenciales convicciones comunistas de Julio, pero me dijo que no quería ser senador, que no podía serlo aunque quisiera, y a mí me constaba lo primerizo de su compromiso con el comunismo, pero en cambio dio la vía libre a la publicación de mi novela *Introito* a comienzos de los ochenta, en la colección de gala, me repitió tres veces, de gala, de gala de la editorial. Pese a no ser yo un autor literario conocido, sí tenía un cierto crédito como divulgador, especialmente en trabajos de reducción de libros de historia para jóvenes y niños y tal vez por ellos mi obra fue acogida con una expectación impropia tratándose de un novato. Tal vez algunos de los jóvenes críticos que me dedicaban su atención habían descubierto el gusanillo de la lectura gracias a mis obras menores y ahora me dedicaban una atención inmerecida. El señor García Posada desde *ABC* dijo que mi obra era doctrinal y que había que leerla en clave doctrinal. Sigo a este crítico con atención y no hay doctrinalidad que se le escape, es muy doctrinal, como a mí me gustan. En cambio el joven Goñi me obsequió en *Cambio 16* con una crítica dicharachera, fluida, espirituosa, veinte líneas suficientes para resumir la solapa del libro y añadir algún chiste distanciadador pero cariñoso en el fondo. Sin duda trabajó mucho más la crítica Rafael Conte, en *El País*, crítica que me emocionó mucho porque Conte decía que yo «había perseguido la literatura durante toda una vida» y aunque no se comprometía a asegurar que la había

alcanzado, sí explicaba muy bien mi novela durante tres cuartas partes de su trabajo, demostrando que no se le había escapado ninguna de mis claves y la cuarta parte restante la dedicaba a darme consejos sobre cómo escribir la próxima. Especialmente me conmovió la crítica de Conte, porque sé lo mucho que ama a la literatura, hasta el punto de que la protege como si fuera una hija quinceañera amenazada por toda clase de violadores y que quisiera entregarla sólo a escritores caballerosos. Le mandé una nota de agradecimiento por el mucho caso que me había hecho y le prometí enmendarme en mi próxima novela. La sorprendente atención merecida por *Introito* me conmovió más a mí que a Julio, porque cuando le presenté *La noche complica la soledad*, sólo me comentó que el título era excesivamente largo. Luego, casi sin solución de continuidad, Julio apareció en una lista de más que probable ministro de cultura socialista, pilló una de las peores leucemias que pueden pillarse y se murió en Seattle con aguacero, según recalcó uno de sus hagiógrafos, empeñado en construirle una biografía casi de Ho Chi Minh antifranquista y faltaba el casi porque lo único que no le atribuía a Julio era la voladura de Carrero Blanco. Puedo decir que la muerte de Julio Amescua me afectó como si se muriera una parte de la memoria de mí mismo y llegaba en un momento de problemas económicos y psicológicos, porque yo le había aceptado a Julio formar parte de su reconversión de personal, a cambio de una cantidad de indemnización que me pareció deslumbrante (¡tres millones de pesetas!) y sobre todo la promesa de trabajo continuada de colaboración hasta que llegara la edad de la jubilación. Consumado el divorcio, no sólo debía pasarle a Lucy una pensión supongo que compensatoria de su pérdida de virginidad en 1957, sino también dineros para paliar los desastres de nuestra hija pequeña, Ángela, en honor a Angela Davis, culo de mal asiento, rebotada de todas las facultades, de todas las

escuelas de arte, también de las de arte dramático y de un buen puñado de academias de meditación y gimnasias orientales y que sin embargo ha sido una excelente cliente de médicos abortistas y clínicas de desadicción a las drogas. En los períodos de desamor, Ángela va de casa de su madre a la mía y siempre he tenido la impresión de que escogía sus etapas más amargas, más desesperadas, más inquietantes para refugiarse en este oscuro piso interior de mis padres de la calle Lombía, base estratégica de mi programado plan de resistencia económica terminal en cuanto se consumara la jubilación. El chico, Vladimir, nunca nos dio otra clase de problemas que ideológicos. Extraño a todas nuestras causas, hizo una brillante oposición a abogado técnico del estado y en la actualidad colabora con el Gobierno en el plan de desertización laboral de Asturias, zona de España de aguerrida memoria social, al parecer condenada por las reglas del juego de lo que antaño se llamó la división internacional del trabajo. En la futura Europa unida no necesitan ni la leche, ni el carbón, ni la siderurgia asturiana y mi chico trabaja tenaz y eficazmente en los planes de desarme lechero, industrial y minero de Asturias. La última conversación que tuvimos sobre cuestiones políticas no terminó bien. Yo le recordé que en 1962 me metieron en la cárcel por mi solidaridad con los mineros de Asturias y él me contestó que su solidaridad es universalista y macroeconómica: «Salvando a Asturias mediante subvenciones estatales, empobrecemos España, Europa, el Norte en general y sembramos la semilla de desórdenes futuros terribles». Me felicita el año nuevo por teléfono, esté donde esté, y me consta que cuando alguien le habla de mí sonrío con una cierta ternura y cabecea vagamente, como si yo no le cupiera en la cabeza. En 1990 murió Julio, yo cumplía los sesenta años y apenas me quedaban trescientas mil pesetas en el banco. Lo que faltaba para completar los tres millones se me había ido en un regalito a mis chicos

que no me agradecieron y en un viaje a Leningrado para ver el Instituto Smolny, el palacio de Invierno, el *Aurora*, temeroso de que la definitiva liquidación de los efectos de la Revolución Soviética arramblase también con su mitología. Todo estaba todavía en su sitio y un oficial varado que tenía bajo su custodia el *Aurora*, al enterarse de que yo era español, me dio un abrazo soviético y recordó aquellos años en que la URSS y la España republicana luchaban unidas contra el fascismo, todo ante la mirada irónica de mi guía, jovenísima pero buen conocedora de todo lo español, entusiasmada ante la perspectiva del retorno del zar, porque una bisabuela suya había sido institutriz de una de las princesas imperiales. No recordaba si de Anastasia. No estaba segura. Encontré la URSS llena de zaristas y cuando conectaba la televisión y veía a Gorbachov esforzado en introducir la pedagogía parlamentaria en el primer congreso democrático, en un *tour de force* con Sajarov, que no conseguía sacarle de sus casillas, comprendí que Gorbachov era un sacacorchos lento, pero que en cuanto hubiera cumplido su misión, de aquella botella volverían a salir las esencias de lo que la Revolución Soviética no había sustituido, sino simplemente aplazado. Paseé por el Leningrado revolucionario y por el Moscú institucionalizado como quien pasea por un escenario de película acabada, la misma impresión que tuve una vez en Tabernas, Almería, al recorrer un poblado del Oeste vacío que había servido de escenario para las películas de *spaghetti western* de los años sesenta. Mi guía me dijo que para ellos el socialismo era lo mismo que para nosotros el Movimiento Nacional, una asignatura molesta que había que memorizar para aprobar los estudios medios y superiores. Nada más. Me quedé embobado ante el hotel Lux de Moscú, recordando aquellos tiempos en que era la residencia de los internacionalistas del mundo, incluso de algunos altos cargos comunistas españoles como Fernando Claudín, que

ejerció en Moscú un duro virreinato entre el exilio español, según me recordaban maliciosamente los «niños de la guerra», los ya viejos niños de la guerra que fui a ver al centro español, una madriguera de náufragos de la historia, rara especie de supervivientes de la guerra civil. Yo nunca había sido stalinista, ni siquiera estrictamente prosoviético, pero ¿cuántas veces regalé mi silencio, cómplice de la corrupción de tanta esperanza? Tanto hacer síntesis secretas de Marx y Freud, a escondidas del régimen de Franco, de Julio y del partido y al final del siglo XX lo único que quedaría de todo aquello era la industria multinacional freudiana del psicoanálisis. A mi vuelta de la URSS, apurado mi bolsillo y no menos mi espíritu, recordé por teléfono a Ernesto Amescua la promesa que me había hecho su padre. Al chico le conocía desde que era un adolescente y su padre me lo había enviado para que me enseñara sus poemas y le echara una mano. A un autor de prestigio, Marcial, no puedo enviarlo, porque el chico y el autor se cortarían demasiado. Te lo mando a ti como si se lo mandara a un jefe de negociado. Si quiere dedicarse a la literatura ha de empezar desde abajo. Traté de introducir algo de poesía en aquel amasijo de sensaciones adolescentes y Ernesto me miraba alelado, como si estuviera en presencia de la literatura en persona. Me cayó bien el chico y mejor todavía cuando su padre me comunicó que había abandonado toda veleidad literaria y se había ido a estudiar a Estados Unidos, dirección de empresas. La obligación de un empresario es ser un buen empresario y reprimir a veces otros impulsos creadores que podrían destruir su propia seguridad y la de todos aquellos a quienes da de comer. No me gustó oír de los labios de Julio que nos daba de comer al centenar y pico de trabajadores fijos o eventuales de Amescua S. A., pero entendía su razonamiento y le propuse, una vez más sin éxito, que se vinculara a las comisiones de pequeños empresarios del PCE. Seguía siendo muy

radical y le parecía un contrasentido revolucionario que el PCE tuviera empresarios y curas. Es el principio del fin de la racionalidad revolucionaria, solía decir Julio, sin que jamás llegáramos a discutir sobre racionalidad revolucionaria. Así que animado por nuestros positivos encuentros poéticos de su adolescencia pedí audiencia a Ernesto y me recibió con los brazos abiertos, se sentó primero frente a mí, casi tocándonos las rodillas, pero una vez agotado el cupo de nostalgia y reconstrucción de la estatura de su padre, cuando pasé a exponerle mi necesidad de trabajo continuado, se puso en pie, recuperó su puesto al otro lado de la mesa y empezó a meter palabras inglesas en la conversación, especialmente *feeling* y *timing*, ya que tanto la una como la otra afectaban sobremanera a mi petición, porque el *feeling* que él y la empresa entera sentían por mí debía concertarse con el *timing* de producción que se había fijado. Caviló y así impuso un silencio que yo aproveché para reconocer rasgos de su padre entre los suyos y, en efecto, se parecían, aunque Ernesto era más frágil y no me refiero a la envergadura corporal, semejante a la de su progenitor, sino a una manera de hablar que me sonaba a laboratorio de relaciones de personal, demasiado obvio su saber hacer a poco que el interlocutor no fuera un simple o no le tuviera miedo. Yo no era un simple, pero empecé a tenerle miedo cuando me di cuenta que en nuestras relaciones contaba más el *timing* que el *feeling*. Tras cavilar me señaló con un dedo e inició un monólogo que inicialmente me sonó a música sentimental. Has de conocer a mi hijo mayor, tiene doce años y se pasa el poco tiempo que convivimos preguntándome cosas. Para los chicos todo es muy nuevo o todo es muy viejo. Has de conocerlo. Un día te lo enviaré como mi padre me envió a ti. Pues bien, el otro día me preguntó: Papá, ¿quién era Franco? ¿Comprendes la pregunta? Y yo te la paso a ti. ¿Quién era Franco? Iba a contestarle mi leal entender sobre Franco cuando me cortó:

No. No me lo cuentes a mí, cuéntaselo a mi hijo. ¿Cuándo? ¿Dónde? No. Tampoco es importante el cuándo y el dónde, sino el cómo. Y es ahí donde reclamo tu talento de divulgador. Imagínate que tú eres Franco. Me puse a reír sin ganas. No te rías, porque la idea te va a gustar. Tú eres Franco y estás casi muriéndote. Entonces alguien de tu confianza, tu hija o tu médico o el jefe de Gobierno, o quien sea, te dice: excelencia, las nuevas generaciones pueden recibir un mensaje falsificado de su persona y su obra. Quién sabe a dónde irá a parar esta España que usted... etc., etc., etc... Excelencia, usted debe contar su vida a los españoles de mañana. Y yo te digo, tú, tú, metido en la piel de Franco has de contar su vida a las generaciones de mañana. Es decir, te propongo que escribas una supuesta autobiografía de Franco que será el número uno de una colección titulada: *A los hombres del año dos mil*. Retuve una respuesta inmediata, calculándola, buscando una frase que expresara mi amargura, pero también mi agradecimiento. Sobreestimas mi capacidad de distanciamiento, se me ocurrió al fin y él arqueó una ceja, una sola ceja. ¿Por qué has de distanciarlo? ¿No eres un técnico en divulgación? Tú métete en la piel de Franco y excúlpate ante la historia. Todo lo demás es cosa tuya. Pero es que... pero es que... Me atreví a decirle que desde niño Franco ha sido una sombra que ha modificado mi vida, la de mi familia y que algo de sarcasmo tiene que yo sea ahora su autobiógrafo, algo así como un biógrafo secreto, de cámara. No, no, estás muy equivocado. El libro lo firmarás tú, no lo firmará Franco, comprenderás que entonces se me echarían encima los descendientes o cualquier fundación franquista. Tú has de tratarlo con la misma falsa objetividad con la que Franco se trataría a sí mismo y has de marcar el tono de una colección en la que luego aparecerían Stalin, Hitler, Lenin... Dos millones de anticipo a cuenta de derechos de autor, tres millones a la entrega del original y te garantizo una primera edición de veinte mil ejemplares.

Mi padre no volvió a casa hasta cinco años después de acabada la guerra civil y ya nunca fue el mismo. Más de una noche estuvieron a punto de darle el paseo y por eso luego nunca más salió de casa de noche, nunca más fue al cine, al teatro, le daba miedo la noche porque tal vez nunca más saldría de su tripa llena de sangre seca. Crecí a la sombra de su miedo, forcejeé contra Franco con tanta vergüenza como miedo y finalmente me di cuenta de que a Franco sólo le había vencido la biología y ni siquiera el olvido de su rastro era mi victoria, sino que se me convocaba para sacarle del olvido y convertirlo en memoria para los tiempos venideros. Me senté en mi escaso despacho de mi pequeño, oscuro piso interior de la calle Lombía, esta calle que es como el pariente pobre del barrio de Salamanca, el piso de mis padres adonde había ido a parar después de una corta vuelta al mundo que empezó en mi piso de casado de Argüelles y terminó en una buhardilla de Malasaña cuando me lié dos años con la responsable de finanzas de Maravillas. En aquel lío no debí meterme y atribuyo la causa de aquel ejercicio de autoengaño a esa locura masculina interiorizada que se desarrolla como un tumor cerebral a partir de los cuarenta años, en mi caso casi a los cincuenta, la locura del volver a empezar, del riesgo a vivir una segunda juventud fomentada por la juventud de la pareja, cual conde Drácula que necesita sangre fresca para superar su eternidad de noches. No es que Francesca, que era muy italianizante y muy eurocomunista, fuera una niña, pero le llevaba más de tres lustros y me obnubiló mi posibilidad de seducir, a la vista de como le entusiasmaba a Francesca mi historicidad: la guerra, la posguerra, la militancia en tiempos difíciles. De historicidad no vive una pareja y a los dos años de convivencia me di cuenta de que Francesca empezaba a dar muestras, como Lucy, de convivir con el hombre invisible. Me daba vergüenza volver a contar batallitas del 56, del 59 con la llegada de Eisenhower,

del 62 cuando la huelga de Asturias y lo de Múnich, de... Y eso que ella pertenecía a la última promoción historicista, sin sustituta por ahora, porque, por ejemplo, por no hablar de mi hijo, Ángela mi hija no es historicista. Es una rebelde frustrada como su madre pero desde la ahistoricidad, por eso necesita tanto fracasar personal e individualmente y no sentir otra compañía que la propia, una compañía a la vez autocompasiva y narcisista, contemplada culpablemente por su madre y por mí. La responsable de finanzas del barrio de Maravillas era muy guapa, rubia, de ojos diamantíferos y no sé por qué me recordaba a aquel deseo apenas formulado que me quitó Sánchez Dragó en los años cincuenta, aquella Luz que no sé dónde para, aunque Fernando me aseguró que un día me llamaría para ayudarme a localizarla, porque cada vez que nos encontramos Fernando y yo empezamos a litigar ideológicamente y terminamos hablando de Luz, por mi culpa, porque es el único dato personal que compartimos y de algo hay que hablar. En cuanto a Lucy sólo me llama para decirme que no puede aguantar más a Ángela o para preguntarme ¿dónde está Ángela?, pregunta que me sobresalta porque precede a días y noches de búsqueda por las pensiones más baratas de Madrid, incluso por los más baratos descampados. Ya no milito. Ni co-tizo. De vez en cuando voy a alguna marcha contra la OTAN, contra las nucleares, contra la guerra del Golfo o me acerco a algún mitin de Carrillo o de Anguita para hacer comparaciones y hacerme cruces, sobre todo en los de Carrillo. Recuerdo aquella vez en que saludé a Carrillo en un encuentro entre fuerzas del trabajo y de la cultura y al presentarme el secretario de organización se equivocó de persona: Santiago, éste es un escritor muy famoso, Álvaro Pombo... Marcial Pombo, le corregí para su rubor, aunque Carrillo salvó la conversación ¿tiene algo que ver con los Pombo de Santander? No, no, todos los Pombo que conozco son gallegos de la zona entre Sarria y Lugo, por

ahí estaba repartida mi familia, porque mi abuelo... No me dio tiempo Carrillo a que le contara que mi abuelo había tenido algunas fincas modestas en Galicia y que mi padre había sido amigo de Bullejos, Óscar Pérez de Solís, Azevedo, sobre todo Azevedo. Me dio un abrazo soviético y se fue a por otro. Es decir, vivo en plena épica, ética, estética terminal, totalmente responsable ya de mi cara y de mi alma y me dan el cuerpo de Franco enterrado en el Valle de los Caídos para que lo resucite. ¿Por qué no?, le pregunto a ese alter ego que me ofrece el espejo oxidado de mi cuarto de baño. Resucitarle para matarle. ¿No estoy en condiciones de cumplir el sueño de media España vencida? Cinco millones de pesetas. Igual se vende mucho. Podría ir tirando con alguna traducción y ahorrar esos cinco millones, con los intereses que dan los bancos me quedaría un vitalicio de cincuenta mil pesetas al mes de por vida, a sumar a las cuarenta o cincuenta que puedo arañar de la pensión cuando me jubile definitivamente. *Nunca me movió la ambición de mando.* Podrías empezar con esta frase, aunque serías acusado de sarcasmo entorpecedor desde la primera línea. No. No puedes dar pie a que se diga que Franco es tu víctima, no puedes convertirlo en mártir de tu escritura. Sería su victoria después de muerto. *Mi madre siempre me decía que mirara fijamente las personas y las cosas. Paquito, tienes unos ojos que intimidan...*